

EDUCACIÓN Y MOVIMIENTOS MIGRATORIOS:
LOS CASOS COMPARADOS DE CHILE Y FRANCIA

Juan Matas Markmann

JUAN MATAS MARKMANN

Sociólogo, Doctor en Sociología, profesor titular, Universidad de Estrasburgo (Francia). Experto en sociología de la institución escolar, sociología política, sociología del desarrollo y sociología de las migraciones.

EDUCACIÓN Y MOVIMIENTOS MIGRATORIOS: LOS CASOS COMPARADOS DE CHILE Y FRANCIA

INTERÉS Y LÍMITES DE LA COMPARACIÓN DE LAS SOCIEDADES CHILENA Y FRANCESA EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI

El comparatismo es, en las Ciencias Sociales, una herramienta más para ayudarnos en la tarea de comprender –y, si es posible, explicar– aquellos fenómenos sociales que incumben a nuestros campos de investigación. Sin embargo, hay que tener presente las dificultades que este conlleva. Como ya lo indica la sabiduría popular, “solo se puede comparar lo comparable”, y la comparación tiene sus límites que hay que respetar, en la medida en que dos países (en el caso presente) tienen en alguna medida aspectos que pueden ser comparados (con mucha precaución) y otros no.

Chile y Francia presentan numerosas diferencias, tanto en lo económico como en lo sociopolítico (sin referirnos, claro está, a nuestros respectivos antecedentes históricos o a la fisonomía de nuestra “loca geografía” y la del hexágono francés). Sin embargo, todo indica que –principalmente en los últimos veinte años– se ha ido produciendo cierta convergencia entre ambos países. El crecimiento sostenido de la economía chilena, los progresos efectuados en el campo de la salud (como lo atestiguan la caída significativa de la mortalidad infantil y el aumento de la esperanza de vida), y de la educación (tasa marginal de analfabetismo, aumento de la duración de la escolaridad y porcentaje creciente de acceso a la enseñanza superior), nos han permitido el acceso al rango de “país emergente”. Si a esto le añadimos una democracia estable y el ejercicio de libertades públicas y privadas relativamente satisfactorio, podemos darnos cuenta de las razones de la menor distancia con respecto, en general, de los llamados “países avanzados”, y por ende con Francia. En 2011, Chile ocupaba el 44° lugar en cuanto a desarrollo humano en el mundo y forma parte del primer grupo de naciones, con alto nivel de desarrollo humano, según el *Informe 2011 sobre desarrollo humano* que publica el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), mientras Francia aparece en el 20° lugar. Chile ocupa el primer lugar entre los países de Latinoamérica y ha experimentado un avance importante, que refleja en este caso el IDH.

No pretendo dar de Chile una imagen idílica. Por una parte, subsisten problemas mayores en diversos campos de la sociedad chilena. Dos de ellos me parecen tener especial relevancia: la situación de nuestra producción industrial (como lo refleja la estructura de nuestras exportaciones) y la insuficiente reducción de las desigualdades económicas y sociales, que constituyen no solo una injusticia sino también un *handicap* en el camino al desarrollo. Empero, no hay que olvidar los progresos efectuados y, sobre todo, tenemos que tomar conciencia que en muchos ámbitos de nuestra realidad social y económica, la tónica estará cada vez más puesta en aspectos cualitativos en los que tenemos que seguir avanzando. Un ejemplo de ello es el de la enseñanza, en todos sus estamentos. Los innegables progresos efectuados para llegar a escolarizar a todos los

niños de nuestro país no pueden disimular el bajo nivel de la educación primaria que recibe una mayoría de ellos, el porcentaje aún modesto de niños de categorías populares que tiene acceso a la educación preescolar, las grandes desigualdades de resultados entre escuelas. Se pueden hacer las mismas observaciones en lo que respecta a la enseñanza secundaria, y la lucha de los estudiantes en años recientes (y sobre todo la del año pasado) es un síntoma más de esta disfunción. Estas son las bases sobre las cuales debemos construir futuro, ya que la primera riqueza de un país es el conjunto de sus habitantes (y sobre todo, claro, su juventud), cuyo nivel de formación produce (o no) ciudadanos con capacidad crítica y mano de obra de alta calidad, desde científicos y profesionales de alto nivel hasta trabajadores con menores calificaciones, pero con un buen nivel de formación general y de especialización, pasando por los indispensables técnicos de nivel intermedio.

A través de este ejemplo quiero ilustrar lo que es uno de los fundamentos de mi trabajo: los problemas y desafíos de la etapa anterior fueron más bien de tipo cuantitativo, los de la etapa que se abre en este comienzo del siglo XXI son sobre todo cualitativos. El enfoque principal no se pone en la reducción de la mortalidad infantil o en la escolarización de todos los niños en el ciclo primario ; hay que concentrarse más bien en la calidad de la salud y la reducción de los tiempos de espera para ciertas operaciones o el mejoramiento de las estructuras públicas de salud, por ejemplo, o en estrechar la distancia que separa ciertos establecimientos (privados o públicos) destinados a una pequeña minoría, de aquellos que escolarizan a una mayoría de estos niños y jóvenes, tanto a nivel de la calidad de la enseñanza como de las infraestructuras que unos y otros poseen y que beneficia –u omite de beneficiar– a los niños y los jóvenes que estudian en estos respectivos establecimientos

Sería ingenuo pensar que estos obstáculos son más fáciles de vencer que los del período anterior. Al contrario, franquearlos toma más tiempo y requiere transformaciones más difíciles de lograr. Lo que sí, es buen síntoma encontrarse abocado a los nuevos desafíos, lo que significa, por lo menos, que podemos ya avistar un Chile desarrollado.

En cuanto a Francia, se trata de un país (como muchos otros) golpeado duramente por la cesantía y por un bajo nivel de crecimiento, con un déficit de la balanza de pagos que refleja sus dificultades para competir, a nivel de una parte importante de su producción industrial, con otros países (incluso europeos), y con un aumento de las desigualdades. Sin embargo, no podemos ignorar aquellos aspectos que sitúan a Francia entre los países más desarrollados: servicios públicos de alto nivel, calidad del sistema de salud, sectores industriales específicos competitivos, un sistema escolar y universitario de muy buen nivel, estándares culturales entre los más altos del mundo, etc. Los problemas de la nación gala, más allá de sus inevitables especificidades, son los mismos que enfrentan los otros países más desarrollados del planeta, y son también fundamentalmente de orden cualitativo.

He ahí un primer elemento que hace posible la comparación franco-chilena: ambos países se encuentran enfrentados a la resolución de problemas comparables, tomando, claro, todas las precauciones del caso. Tendremos la oportunidad de comprobarlo sobre todo en la segunda y tercera parte de este artículo.

Volvamos al esbozo de examen de la situación general francesa que interesa a este trabajo. La comparación en materia de movimientos migratorios debe tener especialmente claras las diferencias en este tema entre ambas sociedades. Fundacionalmente, las dos sociedades tienen diferencias mayores que el parecido. Más tarde, desde luego, Chile tuvo una relativamente fuerte inmigración (mayoritariamente de Europa Meridional) a fines del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, en la misma época en que se desarrolló en Francia una inmigración masiva desde países aledaños. Pero las diferencias son mayores que el parecido, como podremos comprobarlo mediante cifras y análisis. Creo, no obstante, que el estudio de la evolución de la inmigración y de las políticas migratorias en Francia puede servir para contextualizar y plantear las buenas interrogantes en este tema en Chile. Por lo demás, referiré también a la cuestión del cosmopolitismo.

Con la educación pasa algo semejante. Hace, digamos, un cuarto de siglo, las dos realidades parecían no prestar a comparación. Chile no había aún salido de cierto subdesarrollo escolar, aunque comparándolo a la mayor parte de sus vecinos se encontraba en mejor pie. Poco a poco, hemos pasado, como dije al comienzo de este acápite, a una nueva fase, en la cual el estudio de la evolución de algunos problemas y el análisis de las políticas públicas de educación en Francia puede tener cierto grado de utilidad en Chile.

He ahí, pues, el programa que me propongo cubrir, muy superficialmente y de forma incompleta, en los puntos siguientes.

MOVIMIENTOS MIGRATORIOS Y COSMOPOLITISMO: UNA REALIDAD QUE HAY QUE MIRAR CON LUCIDEZ Y EQUILIBRIO

Las migraciones son fenómenos probablemente tan antiguos como las sociedades. Por una parte, el nomadismo fue durante mucho tiempo el modo de organización de la mayor parte de los grupos humanos, y por otra parte la búsqueda de mejores lugares de implantación o la fuga ante diversas circunstancias condujo a migraciones de masa. Sin embargo, hay una transformación importante que se produce con el advenimiento de la Revolución industrial, en Gran Bretaña, y luego en un grupo reducido de sociedades de la Europa del noroeste y de América del Norte. Como lo explica Gérard Noiriel, Francia tuvo, por razones que sería demasiado largo profundizar aquí, el movimiento más importante de llegada de inmigrantes en Europa, sobre todo en el período 1860-1930, mientras que al mismo tiempo, y contrariamente a la mayor parte de los países europeos de la segunda mitad del siglo XIX y en la primera del siglo XX, la emigración francesa al extranjero fue relativamente poco nutrida (Noiriel, 1988). Después de la Segunda Guerra Mundial el caudal migratorio vuelve a ser muy importante, pero para entonces sucede algo similar en la mayoría de los países más industrializados de Europa. Los cambios más significativos en la inmigración, en el caso francés, tienen que ver con la extensión de las áreas de donde provienen estos inmigrantes. Durante mucho tiempo la inmigración en Francia fue mayoritariamente de países limítrofes: italianos y belgas, los más numerosos, y luego los españoles, los alemanes –poco numerosos debido a las relaciones conflictivas que tuvieron ambos países por largos años– e incluso suizos. A

partir de fines del siglo XIX, la inmigración polaca cobra cierta importancia, formada en gran mayoría por mineros y sus familias, y durante la Primera Guerra Mundial se produce la llegada de una corriente de inmigración colonial (en efecto, en ese período Argelia y Vietnam eran colonias francesas y de allí provenía una mano de obra para remplazar, principalmente en las fábricas, a los trabajadores franceses que se encontraban movilizadas en el frente bélico). Hasta los años 1950 la inmigración proveniente de diferentes países europeos representaba la gran mayoría de la población extranjera (más de 80%). Pese al desarrollo de una inmigración portuguesa muy numerosa (sobre todo a partir de fines de los años 50 del siglo pasado) y, posteriormente, de países de Europa Oriental, hoy por hoy la inmigración extra-europea representa más de los dos tercios de la población extranjera en el país, de los países de África del Norte en primer lugar (argelinos, marroquíes y tunecinos), en segundo lugar de los países del África al Sur del Sahara (África negra), y luego, más modestamente, de Turquía, de Asia Oriental y del resto del mundo. Si Francia tuvo una inmigración precoz y bastante masiva, hoy las cifras de la inmigración no tienen nada que las distinga de muchos países vecinos: España tiene hoy una población residente nacida en el extranjero superior en porcentaje a la de Francia, y lo mismo sucede con Austria, Suecia, Bélgica o Alemania. El promedio de población extranjera que reside en los 27 Estados de la Unión Europea es ligeramente superior al 9%, y dentro de ellos los ciudadanos de otros países de la UE son aproximadamente un tercio. En Austria y Suecia, la población extranjera representa respectivamente 15,2% y 14,3% de la población total, y aproximadamente dos tercios es nacida fuera de los 27 países de la UE. En España y Alemania las cifras respectivas son 14% y 12%, y la proporción de la población nacida en un país de la UE con respecto a los nacidos fuera de ella es muy parecida a la ya mencionada para Austria y Suecia. En Francia y en el Reino Unido los porcentajes son de 11,1% y 11,3%, y las proporciones se mantienen (en Francia, en el 11,1% hay 3,3% que han nacido en otro país de la UE y 7,8% fuera de ella).

Estas cifras sirven para entender la magnitud del fenómeno migratorio hoy, en casi todos los países de la Unión Europea, y también para dar cuenta del hecho que Francia no es uno de los países con la mayor inmigración dentro de este conjunto. Sin embargo, la mayor antigüedad de la inmigración en Francia contribuye a dar a esta un carácter algo diferente del que puede tener en países europeos que fueron hasta hace poco (y a veces siguen siendo, aunque en menor medida) países de emigración (es el caso, por ejemplo, de España e Italia, pero también de Portugal, Grecia y algunos países de Europa Central y Oriental).

Repasemos ahora, rápidamente, la cuestión migratoria en Chile. No haremos aquí un recuento de las fases constitutivas de la población chilena tal cual la podemos caracterizar hoy en día; solo me parece oportuno recordar que en el siglo XIX y comienzos del siglo XX Chile ocupó una posición intermedia entre las sociedades sudamericanas que tuvieron una inmigración masiva, que modificó profundamente sus características demográficas y socioeconómicas (Argentina, Brasil y Uruguay), y aquellas que conocieron una inmigración poco numerosa o más tardía. Los inmigrantes vinieron sobre todo de Europa Meridional (españoles e italianos principalmente, pero también franceses), e igualmente del norte y el este de Europa (alemanes, croatas, escoceses, judíos de Europa

central y oriental, etc.), del Medio Oriente (libaneses, sirios y palestinos) y de Extremo Oriente (China). A las migraciones externas hay que añadir el fenómeno importante (no solo en Chile, claro está) del éxodo rural que ha alimentado el crecimiento urbano y, en ciertos momentos, un desplazamiento de población hacia las regiones mineras del norte del país.

Desde hace un poco más de veinte años se ha incrementado de manera notable una inmigración que proviene de los países vecinos, y de manera más general de países latinoamericanos (Perú, Argentina y Bolivia sobre todo, pero también Colombia y Ecuador) y una nueva inmigración, proveniente de Extremo Oriente (coreanos, chinos y japoneses mayormente) que, aunque ya existió anteriormente en lo que respecta a los chinos, reviste características nuevas y una importancia cuantitativa mayor.

No olvidemos tampoco que desde el siglo XIX hubo una emigración chilena relativamente importante, hacia la Argentina en primer lugar (campesinos y obreros atraídos por un nivel de vida y salarios más altos) o, de manera menos importante cuantitativamente pero significativa y habiendo estampado su huella en el imaginario colectivo de nuestro país, hacia tierras más lejanas (California o Australia); esta emigración (“el chileno *pat’eporro*”) se compuso más bien de marinos, mineros y aventureros. También cabe recordar la emigración que han producido hechos dramáticos, como el golpe de Estado y la instauración de la dictadura en 1973 (y antes de ello la persecución de militantes comunistas bajo el Gobierno de González Videla, desde 1948 hasta 1952).

Volvamos a la inmigración. Chile ha tenido un alto grado de integración, producto de su historia y de una política voluntarista que no podemos analizar aquí, ya que nos alejaría un poco del tema que me propongo desarrollar. Lo que sí es seguro es que esto conlleva una fuerte propensión a cierta forma de “provincianismo”, es decir, a mantenerse alejado de las tendencias que se desarrollan a nivel mundial, por ejemplo en lo que se refiere a la idiosincrasia y a la organización social. Este aislamiento, favorecido por la geografía, ha ido poco a poco desapareciendo. Las razones de esta evolución son múltiples; entre ellas, podemos destacar el desarrollo de nuevos medios de información y de comunicación, los viajes más frecuentes al extranjero, los efectos periféricos de la globalización y el auge de la sociedad de consumo, que crea mentalidades y aspiraciones más estandarizadas. Esta evolución tiene efectos positivos y negativos sobre la sociedad y sobre las relaciones sociales que tejen entre ellas las personas, los grupos, las clases sociales. La integración se da de forma menos mecánica y pueden aumentar tendencias anómicas en individuos y grupos de la población. Al mismo tiempo, es vano añorar formas de organización pasadas, a menudo idealizándolas más allá de lo razonable. Lo que sí es necesario es que los gobernantes impulsen políticas públicas idóneas para reducir las desigualdades, ofrecer mejores oportunidades a todos y mejorar la calidad de vida de los más desprotegidos.

El cosmopolitismo, que podemos definir como una afirmación de la unidad de la comunidad humana que subraya el carácter convencional de los Estados y coloca a los individuos por encima de estos, se desarrolla como noción paralelamente al nacionalismo, que vendría a ser la tesis contraria al cosmopolitismo. Los tres factores sobre los cuales reposa esta forma ideológica son la universalidad del ser humano, y por ende de

las formas sociales que deben desarrollarse, la paz que este universalismo debe poder asegurar y la libertad que tiene que ir de par con esta forma universalista. Ahora bien, poco a poco se han ido gestando y fortaleciendo organizaciones universalistas, pero no en lugar de las instituciones nacionales, sino que junto a ellas.

El lazo (complejo) entre migraciones internacionales y cosmopolitismo es que la llegada de diversos grupos de diferentes orígenes a una sociedad dada produce la necesidad de una adecuación recíproca entre la población autóctona y los grupos llegados a dicha sociedad recientemente, y esta adecuación, obviamente, ensancha el horizonte social de cada uno y permite entender de manera más concreta el carácter relativo y evolutivo de las normas y reglas que caracterizan a las diversas culturas. Como nos lo recuerda el antropólogo francés Jacky Bouju: “Las culturas no son independientes respecto de las relaciones sociales que son, casi siempre, relaciones desiguales. Las culturas de los diferentes grupos que constituyen la sociedad se encuentran en una posición de fuerza o de debilidad unas con respecto a otras; no tienen el mismo grado de reconocimiento social. Por esta razón, la cultura, tradicional o no, constituye siempre un recurso estratégico o un elemento puesto en juego para los actores sociales comprometidos en las luchas sociales o políticas” (Bouju, 2003).

Las corrientes migratorias representan un factor de riqueza, de dinamismo y de apertura para las sociedades que acogen a los inmigrantes, pero también un reto que debe ser valorado y que exige respuestas adecuadas para la integración de esta población, de manera que su presencia no afecte a la cohesión social del país. En Chile debemos adoptar las políticas necesarias al respecto, y examinar el caso de aquellos países que han tenido una inmigración comparable por sus características. El volumen de la inmigración en Chile es aún relativamente modesto (se barajan cifras de entre 500 y 800 mil extranjeros, es decir, entre 3% y 5% de la población, menos de la mitad del promedio de población extranjera en la Unión Europea) pero, por una parte, el crecimiento de la inmigración actual es bastante rápido y, por otra parte, crea una realidad nueva con la presencia visible de peruanos y bolivianos, respecto de los cuales los prejuicios son fuertes en un sector importante de la ciudadanía. Estos prejuicios tienen que ver con el pasado azaroso de nuestras relaciones, por lo menos desde la Guerra del Pacífico, y con la hostilidad (supuesta o real) que existe en esos países con respecto a Chile, pero también tienen relación con el origen étnico de estos inmigrantes; no estamos en Chile vacunados contra el racismo, pero, ¿que país es ajeno a ese azote? En todo caso, las razones para actuar adecuadamente frente a esta inmigración son suficientes para preconizar la adopción de una política global y equilibrada de inmigración, y no de confiar solo en “dejarle tiempo al tiempo”.

Una de las condiciones fundamentales para la integración de la población de origen extranjero en la sociedad que la acoge, es el correcto acceso a la educación que tengan los hijos de estos inmigrantes. Por una parte, la institución escolar es un formidable agente de socialización y también de interiorización de normas y valores, vale decir un agente de *chilenización* para estos niños, que hayan nacido o no en Chile. En segundo lugar, es una manera de hacer posible una calificación profesional compatible con los méritos y cualidades de cada uno, y así de corregir, intergeneracionalmente,

las desigualdades que tienen particular importancia para este grupo. A continuación vamos a examinar este punto y, de manera más general, el carácter crucial que tiene la institución escolar frente a la cuestión de la lucha contra las desigualdades excesivas y, por otro lado, frente al tema del desarrollo humano y el crecimiento económico para la sociedad chilena en su conjunto.

1. LA IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LA CUESTIÓN EDUCATIVA FRENTE AL CONTEXTO GLOBALIZADO EN EL QUE SE DESENVUELVEN NUESTRAS SOCIEDADES

Como tuve ya la oportunidad de afirmarlo, Chile se encuentra en una etapa de su proceso de desarrollo que, en diversos ámbitos, ha dejado de ser aquella centrada sobre cambios cuantitativos, para estar ahora más bien focalizada sobre lo cualitativo. Este dato refleja los cambios positivos que se han producido en la realidad socioeconómica chilena, pero conlleva nuevas exigencias para poder seguir avanzando. Concretamente, se trata de aumentar la calidad de la educación, y por ende mejorar la calidad de la formación inicial y continua de los profesores, dar mejores oportunidades a todos los niños y, en primer lugar, a quienes provienen de las categorías más desprotegidas de nuestra sociedad, adecuar la oferta de formación a las necesidades presentes y a las de un futuro a corto y mediano plazo del mercado laboral, darle mejor cabida a la enseñanza técnica, y reforzar nuestra inversión en la investigación científica. Evidentemente, al referirme a metas más bien cualitativas no se trata de pensar que el gasto público en materia educacional pueda evitar un aumento sustancial. Tenemos aún, pese a los progresos efectuados en los últimos veinte años, un gasto *per cápita* más bajo que el de países con un grado de desarrollo comparable; desde luego, esta diferencia es todavía mayor cuando la ponemos en relación con los países de la OCDE, a la cual pertenece Chile desde el 2009. José Weinstein y Gonzalo Muñoz nos recuerdan que “Datos de OCDE en 2009 vuelven a mostrar que Chile puede y debe hacer un mayor esfuerzo en términos de inversión educacional, especialmente desde el sector público: el promedio de los países OCDE destina el 6,1% de su PIB a educación, mientras Chile alcanza poco más del 5%, donde parte importante de esa inversión la realiza el sector privado. Asimismo, los países de la OCDE gastan aproximadamente US\$ 9.000 promedio al año por estudiante, cifra que en el caso chileno no alcanza los US\$ 3.000.” (Weinstein & Muñoz, 2010).

Si estimamos que la educación, en cualquier sociedad, es una inversión antes de ser un gasto, y si por otra parte creemos que la primera finalidad del desarrollo es aumentar el bienestar, la seguridad y la capacidad creativa del ser humano, entonces podemos coincidir en que todos los esfuerzos que se hagan para mejorar la educación y reducir las desigualdades que existen en este sector son justificados y útiles. Ahora bien, la misma importancia nos debe llevar a diseñar y poner en aplicación las políticas educacionales más ajustadas a los objetivos aquí indicados y que logren una máxima eficacia, lo que exige también un seguimiento de los procesos de reformas para evitar cierta distorsión entre los planes iniciales y los resultados finales.

Las transformaciones en el sistema educativo no responden a un solo imperativo, sino a diversos órdenes de necesidad que tienen, cada uno, cierto grado de autonomía y también alguna convergencia. Desde un punto de vista ético, reducir la desigualdad y ofrecer las mismas oportunidades a los niños y jóvenes corresponde a una exigencia insoslayable; en lo que se refiere al campo económico, tener una mano de obra calificada y competente es una obligación para integrarse de manera dinámica y con perspectivas positivas en el mercado mundial; para el pedagogo y para el político fiel a los valores republicanos, una ciudadanía efectiva implica el acceso al conocimiento y el desarrollo de la capacidad crítica para toda la población. Afortunadamente, estos órdenes no son contradictorios unos con otros. Por eso, diseñar políticas educativas y reformas al sistema implica tomar en cuenta no una, sino todas estas necesidades.

En cuanto al impacto del fenómeno migratorio respecto de la institución escolar, desde un punto de vista global se puede decir que este tiene cierta heterogeneidad en función de las características de la población inmigrante (y de la sociedad en que se produce) y también algunos rasgos comunes. Estos últimos tienen que ver con el rol que puede jugar la escuela en la integración de los niños y jóvenes que transitan por ella. Como lo veremos en el punto siguiente, la escuela ha funcionado (y sigue haciéndolo) como pieza-clave en el proceso de integración de la sociedad francesa, y esta característica se da (con diversa intensidad) en todos los países. De la misma manera, la institución educativa es, para los inmigrantes tanto como para la población autóctona, una herramienta indispensable para la formación y el desarrollo personal, y asimismo para una futura inserción en el mundo laboral. Pero más allá de estos aspectos que atañen a todos, las características de los inmigrantes, el nivel escolar de los padres, el aspecto durable o transitorio de su estadía en el país que los acoge, la mayor o menor distancia cultural (y a veces lingüística) que los caracteriza, pueden requerir respuestas adaptadas de parte de la institución escolar.

Sea como sea, la presencia de un núcleo inmigrante significativo constituye un hecho que los establecimientos educacionales no pueden dejar de lado. Cuando así sucede, es mejor enfocar esta situación de manera positiva: la multiculturalidad constituye una riqueza que puede beneficiar al conjunto de los alumnos y actores del proceso educativo, una forma de apertura al mundo exterior que podemos comparar con la confrontación con la alteridad que construye nuestra propia identidad y nuestra relación con los demás. Desde luego, hay también escollos que superar en ese tipo de situaciones pluriculturales y la mejor manera de superarlos es identificándolos y viendo la manera positiva de franquear las vallas que esta multiculturalidad puede sembrar. Naturalmente, las situaciones reales nos entregan el material para una reflexión más adecuada a los elementos concretos que las construyen. Por ejemplo, la barrera del idioma existe a veces, pero no sistemáticamente; los prejuicios apuntan a determinadas nacionalidades y no a otras, la distancia social entre inmigrantes y autóctonos puede o no constituir un factor que hay que tomar en cuenta, etc. Pero de cualquier modo, la actitud del personal de un establecimiento escolar (director(a), docentes y otros miembros de la comunidad educativa) es, muy a menudo, un factor de primera importancia, y depende (en parte, por lo menos) del nivel de formación a situaciones multiculturales que este personal posea.

2. EDUCACIÓN E INMIGRACIÓN: LA SITUACIÓN EN FRANCIA

En este último punto voy a referirme a algunos aspectos de la relación entre educación e inmigración, basándome para ello en la experiencia francesa. En primer lugar, cabe recordar que en materia de migraciones los especialistas del tema distinguen, para elaborar tipologías que simplifiquen nuestra comprensión del tema, los tipos de inmigración según su duración (temporal corta, mediana o larga, o definitiva), según los hechos que la motivan (persecuciones raciales, religiosas o políticas, guerras civiles o conflictos internacionales, migraciones laborales, reunificación familiar, estudios), sectores de actividad en que se desempeñan en el país de acogida, etc. Europa fue durante mucho tiempo un continente que alimentó más la emigración (de corta y larga distancia, temporal o definitiva) que la inmigración. Gran Bretaña y Francia fueron prácticamente los únicos países europeos que recurrieron a la inmigración, y en lo que concierne a Gran Bretaña fue sobre todo una inmigración irlandesa, en tiempos en que Irlanda era colonia británica. Esta situación solo comenzó a modificarse después de la Segunda Guerra Mundial, y principalmente en los años 1960 en Europa del Noroeste. Hoy por hoy, la gran mayoría de los países europeos (incluso algunos del ex bloque soviético) tienen una inmigración que supera ampliamente a la emigración. Esta situación se explica, de alguna manera, por una “ley de la oferta y la demanda”: los países europeos son atractivos por sus niveles de vida, sus salarios, sus sistemas sociales y sus servicios públicos para los inmigrantes que provienen de países en desarrollo (para tomar, por facilidad, la ambigua expresión forjada por organismos internacionales), países en los cuales hay altas tasas de desempleo y pocas perspectivas para sus numerosos jóvenes. Por otra parte, los países europeos tienen baja natalidad y un envejecimiento pronunciado de la población. Si Francia constituye una excepción gracias a una demografía relativamente satisfactoria, Alemania tiene desde hace más de treinta años un déficit demográfico y países como España e Italia tienen hoy una natalidad inferior a la de Alemania. Si bien la coyuntura actual en Europa (bajo crecimiento y tasa de desempleo importante) no favorece el desarrollo de corrientes de inmigración, la gran mayoría de los expertos coincide en un diagnóstico de aumento de la inmigración en los años próximos. La inmigración se ha ido modificando, no solo porque ya no está compuesta mayoritariamente por personas de países europeos, sino también por las modificaciones que ha experimentado en los últimos treinta años en cuanto a los rasgos sociográficos de quienes la componen. Por largo tiempo la inmigración fue más bien masculina y obrera o campesina, con pocas calificaciones respecto de los sectores que podían darle empleo y con niveles de aspiración generalmente modestos. Dentro de la inmigración, se distinguía aquella de tipo familiar, que generalmente se establecía definitivamente en el país que la acogía, y una inmigración llamada “noria migratoria”, compuesta más bien por hombres solos, generalmente padres de familia cuyas esposas (e hijos) se quedaban en el país de origen y que concebían la inmigración como temporal, de más o menos corta duración. La “noria migratoria” se ha reducido considerablemente y aquellos hombres solos que se encontraban en Francia (y en otros países de Europa) terminaron trayendo a sus familias, modificando así poco a poco la

pirámide demográfica de la población extranjera, que hoy se asemeja bastante a la de la población autóctona. Por otra parte, la parte de inmigrantes que proviene de zonas rurales disminuye, a medida que el crecimiento urbano se propaga a nivel mundial; el nivel de estudios también cambia, con una parte creciente de inmigrantes con diplomas secundarios o superiores. Finalmente, también hay una nueva tendencia, que es el desarrollo de una inmigración femenina de mujeres solas, algunas habiendo dejado a su grupo familiar en el país de origen, otras solteras, tanto unas como otras con dinamismo y a menudo con niveles escolares y de diplomas que les permiten esperar movilidad social aun cuando comiencen generalmente con empleos subcalificados con respecto a sus niveles de formación.

Estas transformaciones se producen paralelamente a aquellas que conciernen a las sociedades europeas; voy a referirme aquí a la francesa, puesto que cada una presenta su especificidad junto a rasgos y tendencias comunes. En Francia, pues, la crisis del empleo conlleva la necesidad de adoptar estrategias profesionales diferentes, más evolutivas, marcadas por una mayor incertidumbre y por el aumento de la movilidad con respecto al empleo, a los sectores profesionales y a las zonas geográficas. Los inmigrantes, como los demás, tienen que adaptarse a esta nueva situación, más aun cuando sabemos que esta población tiene tasas de cesantía particularmente altas. Desde hace unos veinte años se ha desarrollado el llamado “comercio étnico”, es decir, diferentes tipos de locales comerciales dedicados a la oferta de productos característicos de tal o cual cultura o zona geográfica. Desde hace ya largo tiempo existían los restaurantes chinos y vietnamitas, más tarde argelinos, marroquíes o tunecinos, luego vino la instalación de pequeños almacenes especializados en productos de alimentación de una zona geográfica o de un área cultural dada (aunque, claro está, también tienen productos de uso corriente), algunas de estas tiendas transformándose poco a poco en pequeños o medianos supermercados, y también negocios de ropa, de muebles y decoración, etc. Los almacenes y pequeños supermercados permiten, a menudo, que sobreviva un comercio de proximidad que había colapsado con el desarrollo de grandes supermercados, multitiendas y centros comerciales en la periferia de las ciudades. Por otra parte, nuevas corrientes migratorias han retomado sectores de actividad que ya fueron anteriormente identificados con un grupo de inmigrantes. Es el caso de las empresas relacionadas con la construcción, que tuvieron una fuerte connotación italiana (inmigrantes italianos fundaron numerosas pequeñas empresas en ese sector de actividad) y hoy proliferan las empresas cuyos propietarios son turcos. En todo caso, la parte de empresarios, y también la de profesionales y técnicos, aumenta en la población activa extranjera, como aumenta también la tasa de actividad de las mujeres inmigrantes. Asimismo, podría referirme al aumento y la diversificación de la actividad profesional de las hijas de los extranjeros residentes en Francia y a los cambios que experimenta de manera global la población de origen extranjero en los últimos treinta años. Algunos de estos cambios tienen que ver con las transformaciones de la sociedad francesa (como lo vimos en el campo laboral). Pero ahora quiero llegar al impacto que tienen estos cambios en cuanto a estrategias escolares y cómo, a su vez, las transformaciones que se generan en el medio escolar tienen un impacto sobre las trayectorias de las personas.

De manera tradicional, se podía decir que los itinerarios escolares de los niños y jóvenes inmigrantes o hijos de inmigrantes eran significativamente inferiores a los de la población autóctona, incluso comparando al interior de una categoría social dada (obreros sin calificación u obreros con un grado bajo o mediano de calificación, mayormente). Esa situación dejó de existir en los últimos quince años aproximadamente, los resultados de ese grupo de niños y de adolescentes tiene, hoy por hoy, resultados comparables a los de los niños y adolescentes de origen francés, si hacemos nuestra comparación al interior de un grupo. Las razones de esta transformación me parecen ser, principalmente, dos: por una parte, una estabilización en Francia (e incluso en tal o cual región) hace más fácil una escolaridad sin cambios mayores, interrupciones y abandono durante el año; por otra parte, las familias inmigradas le dan generalmente mucha importancia a una buena escolaridad y a la obtención de los diplomas más altos para sus hijos, por razones que son extensas para exponer aquí. En todo caso, tanto las transformaciones que experimentan los grupos de inmigrantes, que expuse anteriormente, como aquellas que provienen de la esfera escolar misma, contribuyen a la emergencia de una nueva realidad escolar para este grupo.

Por cierto, esta realidad se da paralelamente con aquella del aumento de la violencia escolar, en que se encuentran representados en un grado mayor al que corresponde su peso en la población escolar total, los niños, los preadolescentes y los adolescentes extranjeros o de origen extranjero. De la misma manera, si los progresos en términos de tendencia general de los alumnos extranjeros son innegables, el fracaso escolar de una fracción apreciable de estos no lo es menos. Algunos autores, como Zahia Zeroulou, han entregado pistas de reflexión interesantes para explicar cierta dicotomía en los resultados escolares de niños con perfiles socioeconómicos y culturales muy parecidos (Zeroulou, 1988).

Los itinerarios de muchos jóvenes extranjeros o de origen extranjero los llevan hasta la enseñanza superior, y encontramos un grupo creciente de ellos en las universidades y otros establecimientos de ese nivel. Naturalmente, tenemos que distinguir entre los estudiantes extranjeros, aquellos que pertenecen al grupo de inmigrantes, y los que vienen desde sus respectivos países para llevar a cabo estudios (de pregrado, de posgrado y doctorales). Cabe recordar aquí que alrededor de 20% de los estudiantes universitarios son, en Francia, extranjeros. Las áreas geográficas de las cuales vienen son, por orden de importancia, el resto de Europa, los países africanos y de la cuenca del Mediterráneo, los países del Asia Oriental y el resto del mundo. Por otra parte, los estudiantes que pertenecen al grupo de inmigrantes tiene en general la nacionalidad francesa, lo que hace aleatorio un estudio cuantitativo de su devenir universitario; son más bien los estudios cualitativos los que, en este caso, nos proporcionan elementos para estudiar si poseen o no una especificidad en cuanto al itinerario universitario, al tipo de estudios, al grado de éxito para obtener los respectivos diplomas, etc. Sería igualmente interesante desarrollar estudios con respecto a las convergencias y divergencias en este ámbito, que presentan los itinerarios de hombres y mujeres de los grupos inmigrantes, sabiendo que en algunos de ellos subsisten criterios tradicionalistas y prácticas que insisten sobre el recorrido social específico para los varones y las niñas (la mujer teniendo, según esta visión,

como principal horizonte casarse relativamente joven, dentro de su grupo sociocultural y religioso, y tener como ocupación el hogar y las tareas domésticas). ¿En qué medida esto tiene repercusiones (a veces muy alejadas de lo que esperan esas familias) en los recorridos en la enseñanza superior de las jóvenes que llegan, tanto o más numerosas que sus hermanos, a las aulas universitarias? Y también, ¿cómo y cuanto influencia el recorrido escolar y universitario respecto de los itinerarios personales y profesionales de estas jóvenes? En todo caso, las respuestas son complejas y diversas, según muchos parámetros, y no encontramos respuestas adecuadas si partimos de nuestras propias preconociones y de nuestros –inevitables– prejuicios.

Si la institución escolar marca su innegable impronta en el destino social y profesional de las jóvenes generaciones de inmigrantes o de hijos de inmigrantes, si participa también de manera importante en el proceso de integración en la sociedad francesa, no solo de los niños y adolescentes que escolariza, sino también de sus padres, no debemos representarnos ese fenómeno como unilateral. Los inmigrantes también ejercen una acción que ayuda al cambio, a la adaptación de la institución escolar, a su *aggiornamento*, y nos recuerdan así que las relaciones sociales están hechas de interacciones y no de movimientos con un solo sentido. Aquí también la inmigración constituye un catalizador y un testigo del estado de la cohesión social en las sociedades en que estos movimientos migratorios tienen alguna magnitud.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bouju, J., “La culture dogon : de l’ethnologie coloniale à l’anthropologie réciproque contemporaine”, en *Clio en Afrique*, N° 10, Université d’Aix-en-Provence, verano 2003.
- Noiriél, G., *Le creuset français. Histoire de l’immigration XIXe, XXe siècles*, Paris : Ed. du Seuil, 1988.
- Weinstein, J., Muñoz, G., “Una agenda para la calidad de nuestra educación”, en Hardy, C. (ed.), *Ideas para Chile. Aportes de la centroizquierda*, Santiago : LOM Ediciones, 2010, págs. 139-154.
- Zeroulou, Z., “La réussite scolaire des enfants d’immigrés”, en *Revue française de Sociologie*, XXIX, 1988.